

EL PRIMER MILITAR QUE FUE ACADEMICO DE BUENAS LETRAS

POR ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

El buen poeta don Francisco José Gutiérrez de los Ríos, Marqués de las Escalonias, casó en segundas nupcias con doña Juana Teresa de Gálvez. De este matrimonio nacieron cuatro hijos. El más pequeño, al que pusieron por nombre Vicente, vio la luz en Córdoba el 8 de febrero de 1732.

La vida de Vicente Gutiérrez de los Ríos Gálvez, hoy casi olvidada, alcanzó extraordinaria importancia en la España de su época.

Procedía de una familia hidalga, organizada según ese conocido patrón romántico y cristiano: un padre poeta, muy aficionado a la literatura, y una madre timorata y rezadora, encerrada en su hogar.

Se crió nuestro personaje en una casa solariega, con patio de arcos romanos donde el mármol deslumbraba por su claridad y donde estudiar y escribir se convertía en un verdadero placer.

Su esmerada educación cristiana y política se la proporcionó su primer maestro, un honrado vizcaíno, antiguo mayordomo de la casa. Muy joven aún, asistió a la escuela de humanidades de Córdoba, donde un hábil preceptor lo introdujo en los conocimientos de las letras. Demostró pronto su clara inteligencia y buena disposición para los estudios, sobresaliendo entre sus condiscípulos cuando sólo era un adolescente. Fue sin duda, Vicente Gutiérrez de los Ríos, ejemplo característico del hombre triunfador.

No satisfecho con la enseñanza de sus maestros, buscó los orígenes de donde procedían aquellos conocimientos, aplicándose al estudio de la oratoria y la poética, profundizando en el conocimiento de Cicerón, Horacio y Quintiliano, y en la filosofía de Aristóteles.

Don Vicente tenía el alma como si fuese un prisma de muchas facetas. Era un visionario en el más sutil sentido de la palabra.

A los doce años ingresó de alumno en la Casa de San Pablo del Real, en Córdoba, regida por la Orden de Predicadores, donde cursó estudios de Filosofía y Teología. Recién cumplidos los quince años, ya era considerado como un buen filósofo y gramático. Su talento y gran capacidad de asimilación fue perfeccionada con la ayuda que recibía de su padre, que lo orientó en las disciplinas de Jurisprudencia, Medicina e Historia.

A la vista de sus adelantos, a pesar de sus pocos años, su padre decidió enviarlo a Sevilla para que perfeccionara los conocimientos del Derecho Civil y Canónico, en la Universidad hispalense.

Durante su estancia en la capital andaluza, marcaron sus preferencias pasear estudiando por la orilla del Guadalquivir, plantada de abundantes álamos, en las proximidades del monasterio ribereño de los Jerónimos, y en las noches de luna llena, recorrer las callejas en torno a la plaza que fue del Duque de Medina Sidonia, más tarde llamada de la Victoria.

Sus años juveniles se orientan hacia la carrera castrense, aunque desde muy joven supo caminar por la doble senda de las armas y las letras. Sin abandonar el ejercicio militar se entrega a los trabajos históricos y literarios.

Vicente Gutiérrez de los Ríos Gálvez es de los pocos españoles que pasan a la historia por sus méritos personales, alcanzando la preeminencia literaria junto a la más alta consideración científica en lo militar. No es un hombre que viva en el recuerdo popular. En su ánimo, en la variedad de sus vocaciones científica y literaria, se advierte la manera hispánica y andaluza de su carácter.

* * *

Para dar mayor claridad a la biografía de nuestro personaje, destacaremos por separado las dos facetas de su vida, relatando brevemente los méritos de cada una de ellas.

Comenzaremos por su personalidad literaria, aunque don Vicente fuese realmente un militar con oficio de escritor. Hemos de advertir, que Gutiérrez de los Ríos es conocido por muchos historiadores como Vicente de los Ríos, eliminando la primera parte del apellido.

Ingresó como miembro honorario de la Real Academia de las Buenas Letras de Sevilla. Academia que fue creada por iniciativa de dieciséis miembros fundadores, que ocuparon el número de orden por medio de sorteo celebrado el 16 de abril de 1751. A partir de junio del mismo año se acordaron nuevos ingresos por votación, hasta completar el número de 30 académicos como ordenan los Estatutos. Dicho número 30 le correspondió a nuestro don Vicente en votación celebrada el 21 de julio de 1752, jurando su ingreso al mes siguiente. Tenía entonces veinte años de edad y ya se le reconocía su erudición e ingenio.

Ninguno de los académicos escalafonados delante de él llegaron a ejercer la carrera de las armas, lo que nos permite asegurar que fue el primer militar que compartió su vocación castrense con su inclinación por las letras, en el seno de nuestra Academia.

Transcurrido un año pasó a Supernumerario.

En el transcurso de dicho año, en las sesiones celebradas por esta corporación, dio lectura a tres trabajos que fueron muy bien acogidos por los académicos. Su primera aportación tuvo por título *La preferencia de Lucano a Virgilio*; la segunda la tituló *El uso de la elocuencia en las buenas letras*, y en la tercera trató de la *Traducción y discurso sobre la Oda novena del libro tercero de Horacio*.

En el año 1753, fue recibido Gutiérrez de los Ríos Académico Honorario de la Real de la Historia en Madrid, siendo nombrado Supernumerario diez años más tarde, y Numerario de la docta corporación el 10 de enero de 1772, a la edad de 40 años. Su discurso de ingreso versó sobre «*Los ilustres autores e inventores de la Artillería que han florecido en España desde los Reyes Católicos*».

Para este discurso solicitó permiso a la Academia Sevillana, al objeto de poder utilizar el título de académico, contestándosele afirmativamente, pero haciéndole constar el disgusto de la Corporación por no haber presentado el discurso a revisión como indicaban los Estatutos. En dicho discurso recordó Gutiérrez de los Ríos, a aquellos españoles, que escribieron y practicaron la Artillería, Bombardería y Minas, como principales ramas del arte de la Tormentaria. Es decir, al estudio de la antigua maquinaria de guerra destinada a expugnar o defender las obras de fortificación. Se dividían en cuatro clases de ingenios: la primera, comprendía las máquinas de bastidas de puente y de torno; la segunda, las de acción horizontal como la Catapulta, el Escorpión y los Arietes; la tercera, la de movimientos parabólicos, como el Fundíbalo. Tra-

buco y Garrote, y la cuarta, las accesorias, como las Capias de puente, las Paneras y los Terrazos de cal y jabón. La historia de la Artillería española era por entonces un campo prácticamente desconocido. Los autores e inventores españoles hasta finales del siglo XVIII, estaban completamente olvidados; así, aunque Gutiérrez de los Ríos no completó la biografía de todos ellos, abrió la senda para otros investigadores. Con razón dijo de esta obra el historiador don Martín Fernández de Navarrete, que «fue un libro pequeño de tamaño, pero grande de utilidad, en el que descubre Ríos y saca a la luz, como del más profundo seno del olvido, a muchos ilustres españoles, que con gran destreza describieron o practicaron la artillería».

Del acierto y erudición con que está tratada la materia, se entiende la complacencia que su lectura produjo en los académicos de la Historia, que solicitaron que dicho trabajo fuese publicado, como así se hizo.

En Europa, por entonces solamente eran conocidos los nombres de artilleros alemanes, italianos y franceses, hasta que Gutiérrez de los Ríos recordó y actualizó la personalidad de nuestros compatriotas Alava, Collado, Navarro, Firrufino y otros.

Años más tarde dio a conocer a sus compañeros académicos un amplio estudio sobre la vida de Cervantes, que le ocupó varias Juntas de dicha Academia, titulado *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra y análisis del Quijote*. En dicho trabajo conseguía revelar numerosos detalles sobre la personalidad del autor del Ingenioso Hidalgo, desconocidos hasta entonces, analizando a la par los entresijos de la grandiosa familia cervantina. Tanto satisfizo este trabajo a los académicos, que acordaron solicitar licencia al Rey para publicar una edición de lujo de Don Quijote de la Mancha, eliminando los muchos defectos encontrados por Gutiérrez de los Ríos en ediciones anteriores.

Nuestro personaje es el hombre de la razón práctica que se caracteriza por sus hechos. El conocimiento es para él un acto inmediato de su naturaleza.

Recibe don Vicente un nuevo galardón académico, tras escribir *Memorias de la vida y escritos de don Esteban Manuel Villegas*, siendo nombrado Académico Honorario de la Real Academia Española el 19 de enero de 1773, e investido por aclamación Académico de Número en 14 de octubre de 1777. Con tan fausto motivo se celebró, en la sede de la Real Academia de Buenas Letras

de Sevilla, un acto de exaltación en homenaje a Gutiérrez de los Ríos, en el que disertó don Tomás Antonio Sánchez, Bibliotecario del Rey, Canónigo de la Colegial de Santillana y honorario de nuestra Academia. En su discurso, el erudito Canónigo consideró que el ingreso de Gutiérrez de los Ríos en la Española era una decisión muy provechosa para la Academia, no sólo por las cualidades literarias del beneficiario, sino por la *probidad de sus costumbres y la dulzura de su trato, prendas de suma importancia en todo género de sociedades*.

De Gutiérrez de los Ríos se conserva su retrato en el tomo del *Seminario Pintoresco Español* correspondiente al año 1856, y también se conserva una descripción de su persona, que hace don Tomás Antonio Sánchez, en la forma siguiente: «Fue de mediana estatura, y aunque cenceño, bien proporcionado de miembros. En un cuerpo débil gozaba un espíritu robusto, un entendimiento despejado, una penetración viva, una imaginación fecunda, una aplicación intensa y una memoria tan pronta y tan tenaz, que fácilmente aprendía cuanto leía y nunca olvidaba lo que una vez había estudiado. Fue muy amante de la verdad, dulce en su trato, festivo en las conversaciones, y gustaba sobre todo de tratar con sabios».

Por nuestra parte podemos agregar, que acogía como la más noble cualidad de un estudioso, el aprovechamiento en las letras, y que cuando estudiaba o trabajaba, lo hacía con tanto ahínco que se olvidaba de sí.

Durante los años que Gutiérrez de los Ríos permaneció destinado en el Real Colegio de Artillería en Segovia, asistió con regularidad a las sesiones de las Academias de Madrid, dando prueba de su interés y complacencia por ser académico, ya que entonces el viaje desde Segovia a la Corte, principalmente en invierno, era muy dificultoso y duro. Supo adaptarse a lo que vino en llamarse la Ilustración, demostrando con ello que no son incompatibles y opuestos el estudio de las letras con la práctica de las armas, contribuyendo durante su laboriosa existencia a producir trabajos de ambos matices, que le proporcionaron la reputación de docto.

Respecto a la vocación militar de nuestro académico, la desarrolló dentro de la más ortodoxa disciplina, aportando a ella todas sus cualidades y conocimientos.

Muerto su padre, don Francisco José Gutiérrez de los Ríos,

y concluidos en Sevilla los estudios de Derecho, don Vicente solicitó ingresar al servicio del Rey Fernando VI como cadete de los Dragones de Frisa, más tarde llamado Villaviciosa. A tal fin se desplazó a Cádiz, ingresando el 30 de agosto de 1757 en la Academia de Artillería establecida en la ciudad gaditana. Estudió Matemáticas y Topografía. Gracias a su mucho talento y aplicación, se distinguió entre sus compañeros, siendo muy elogiado por sus profesores.

Después de tres años de estudios, llegado el verano de 1760, ascendió a Subteniente, siendo destinado al Tercer Batallón de Artillería de la misma Academia, donde permaneció otros tres años. Así, con el mismo empleo, pasó a la Compañía de Caballeros Cadetes del Real Colegio Militar de Segovia, ascendiendo a Teniente al siguiente año, siendo confirmado en su destino por orden del Rey, a petición del director del Real Colegio, para que siguiera impartiendo sus sabias doctrinas. A pesar de sus preferencias por la enseñanza, no debemos olvidar las actuaciones de Gutiérrez de los Ríos en los Ejércitos de Andalucía y Castilla, interviniendo en la guerra contra Portugal y en el famoso sitio de Almeida (Portugal).

Durante ocho años permaneció como profesor en Segovia, distinguiéndose como el maestro que enseña, y es, a la par, un amigo de sus discípulos. Le correspondió ascender a Capitán Graduado de Artillería el 26 de marzo de 1773, y en este mismo año, a instancia del Cuadro de Profesores del Real Colegio, se acordó imprimir el trabajo titulado *Discurso para la abertura de la clase de táctica*, en la que Gutiérrez de los Ríos demostraba, además de la necesidad de estimular a los cadetes de Artillería, a estudiar y saber aplicar la táctica de dicha arma, mantener el amor al Rey, la subordinación a los superiores, la buena armonía entre los compañeros y el honor en el buen desempeño de las obligaciones.

Era una forma de poder hacer entender a los jóvenes cadetes, que la arquitectura que edificó a España era obra de gigantes y no de enanos, recordando lo que dijo el gran escritor Baltasar Gracián:

«En la monarquía de España, donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, los climas encontrados, así como es menester gran capacidad para conservar, así es necesario mucha para unir.»

Nuevamente en 1774, el Director del Real Colegio de Artillería, Conde de Gazola, reconociendo los méritos del Capitán Gu-

tiérrez de los Ríos, le encomienda traducir la obra francesa titulada *Horas militares*, impresa en París en 1771, que trataba sobre la educación cristiana que se le debía impartir a los cadetes. Era un estudio muy útil para los militares dada la doctrina y enseñanzas que impartía.

La traducción al español fue titulada *Instrucción Militar Cristiana para uso de los Caballeros Cadetes del Real Colegio Militar de Segovia*.

Es sabido que las clases teóricas se desarrollaban dentro del viejo Alcázar segoviano, en aquellos salones en los que moraron muchos Reyes castellanos desde los días de Alfonso VIII. En dicho edificio ocurrieron numerosos episodios, como aquél en el que el aya del infantito don Pedro, hijo de Enrique II, se arrojó a la barranca del Eresma, tras el niño, que por descuido y travesura había caído antes. Allí escribió Jorge Manrique la elegía a la muerte de su padre. Allí también se celebraron las Cortes del reinado de Juan I y las Cortes de Procuradores de los dos brazos de la nobleza y el clero. Allí casó Felipe II con Ana de Austria; él, un hombre maduro, y ella, moza rubia atemorizada, como hija ante su padre. Allí, al fin, murió Felipe III bajo la pesadumbre de su corona imperial.

Este Alcázar fue, desde los días del reinado de Carlos III, el hogar del arma de Artillería, hasta que en 1862 un incendio destruyó las alfarjas, construidas por artífices moriscos.

El río Eresma y el riachuelo Clamores forman a las plantas del Alcázar un ángulo agudo, enseñoreando el edificio de gigante cantería, no sólo de la tierra que lo rodea, sino de las almas que allí han vivido.

Cuando nuestro biografiado fue promovido al empleo de Capitán efectivo del Real Cuerpo de Artillería, en noviembre de 1777, se le confirmó como Jefe de la Compañía de Caballeros Cadetes del Real Colegio Militar de Segovia, donde permaneció dos años más. En este tiempo redactó una importante obra para la enseñanza militar del Arma y un estudio muy amplio del Arte de la Guerra, que fue titulado *Curso de Táctica de Artillería*.

Este texto fue refundido más tarde por su alumno predilecto y ayudante en las tareas pedagógica del Colegio de Artillería de Sevilla, don Tomás de Morla, bajo el título de *Tratado de Artillería* y, aunque amplió el trabajo introduciéndole gran parte de temas sobre industria militar, puesto que lo realizado por su maestro era

sobre la táctica, consideramos, que al no nombrar para nada a Gutiérrez de los Ríos, Morla obró con ingratitud y poco escrúpulo al apropiarse de la paternidad de parte de dicho trabajo.

En efecto, *Tratado de Artillería* es una obra que alcanzó celebridad incluso en Europa. De ella comentó Ramón de Salas, que todo oficial de Artillería, español o extranjero, que tuviera curiosidad por su profesión, debía de conocer dicho *Tratado*. Fue un excelente libro de texto para conocer la táctica y la industria artillera. Al no figurar Gutiérrez de los Ríos coautor de la obra, impidió ser conocido como escritor profesional, siendo durante mucho tiempo solamente reputado como laborioso académico de la Historia.

Alcanzó mayor relieve la personalidad literaria de nuestro académico-artillero cuando su labor fue comentada en el siglo XIX por los historiadores don Martín Fernández de Navarrete, don Luis Ramírez de las Casas-Deza y don Antonio Ferrer del Río, los cuales tributaron merecidos elogios a las obras científicas y literarias de don Vicente. También fue recordado por don Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia literaria de España*, y en la *Bibliografía artillera de España*, del Coronel don Alfonso Carrasco.

A pesar de ello, debemos reconocer que su labor científica no fue valorada en su justo mérito, quizás por el hecho antes aludido, de que su más importante trabajo le fuese atribuido en exclusiva a Tomás de Morla; también, por esa actitud recoleta de algunos hombres, que contradicen la altisonancia de su profesión, prefiriendo caminar desconocidos por la vida.

Al ser informado el Rey de los méritos de Gutiérrez de los Ríos, tanto en el aspecto militar como en el literario, le concedió, en enero de 1779, el hábito de Santiago. En marzo del mismo año fue ascendido al empleo de Teniente Coronel en la Escala General del Ejército, manteniendo el empleo de Capitán de Artillería. Tres meses más tarde se trasladó a Madrid a resolver unos asuntos oficiales, cayendo enfermo con fuertes dolores en el pecho. Diagnosticado como un tumor pulmonar, los médicos le sugirieron la necesidad de practicarle una intervención quirúrgica, a lo que se prestó valientemente.

En opinión del Académico y Doctor en Medicina don Sebastián García Díaz, el indicado tumor fue, muy probablemente, una colección tuberculosa, que era enfermedad de alta incidencia en la época.

Y la fuerte operación a la que se dispuso con valor, no es aventurado pensar se tratara de la incisión, drenaje y curas del tumor inflamatorio, ya que otra cosa no cabía en esos años en que no había anestesia.

Durante la enfermedad supo conservar la resignación cristiana, que había aprendido en sus años juveniles, disponiendo con prudencia y resolución la encomienda de su alma y el reparto que habría que hacer con sus bienes temporales.

Noticioso el Monarca de que Gutiérrez de los Ríos estaba muy enfermo, dijo: «Sentiré que se muera, porque perderé un buen oficial». Palabras que en boca del Rey significan el alto aprecio que merecieron sus servicios militares.

Los auxilios de la Medicina fueron infructuosos y durante dos meses luchó entre la vida y la muerte, falleciendo el 2 de junio de 1779 cuando había cumplido 47 años, 3 meses y 24 días, siendo sepultado en la iglesia parroquial de San Martín, de Madrid. Le sorprendió la muerte trabajando en el estudio de las obras cervantinas. Las Armas lloraron la muerte de un hombre que tanto las había honrado; las Academias, representando a las Letras, sintieron la pérdida de un socio tan benemérito. Su vida fue corta pero fructífera en cuanto a resultados.

Por eso ahora, la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, primera que recibió los testimonios de su ingenio y erudición, quiere con estas líneas dar prueba de su recuerdo y redimirle de las negras sombras del olvido. España, acostumbrada a que sus mismos hechos sean el panegírico de sus virtudes, es entre todas las naciones del mundo, la más perezosa en celebrar a sus héroes, y la menos pregonera de sus hazañas.

La vida laboriosa y útil de don Vicente Gutiérrez de los Ríos Gálvez puede servir de ejemplo a los que aspiran a seguir el estudio de las Letras y el camino de las Armas.